

## XXV.

Alcanzamos ya la época terrible del reinado del Xocoyotzin.

Pero antes de referir los hechos que dieron por resultado la catástrofe de Tenochtitlan, véamos rápidamente cuál era la organizacion política del imperio de los aztecas.

Naciones, señoríos, pueblos conquistados, sometidos, feudatarios; pero de ninguna manera asimilados; tales eran los elementos de que se componia la potencia que iba á ser reducida á la servidumbre.

Moteczuhzoma II, como todos los conquistadores, como todos los tiranos, siguió la política equívoca de no conceder á los pueblos, á quienes dominaba con las armas, ninguna franquicia de las que podian hacerle, si no amar, sí soportar la esclavitud. En ese imperio, que tanto se extendió bajo su reinado, habia tributarios, vasallos, dominios, pero no unificación. Formada de diversos pueblos que sufrían la mala suerte que les habia deparado la guerra, la monarquía era quebradiza, y lo era de un modo inevitable. Al disgusto causado por el tremendo yugo impuesto por el mas fuerte, añádanse los pesados tributos que les exigía el tecuhtli, los ex-

cesivos homenajes á que los obligaba, y los rehenes que tenían que mantener en la corte, para apaciguar los celos del soberano.

Y todo eso, odioso en su origen, en sus medios y en sus fines, mantenía en el corazón de aquellos pueblos una ira, tanto mas temible, cuanto mas sorda y mas reconcentrada; y natural era que en la primera oportunidad que se presentara á los sacrificados, se levantaran unidos para derrocar á aquel poder, que vivía de los recursos y de la sangre que les exigía.

Esa oportunidad se les presentó con la venida de los españoles.

Insisten los historiadores en decirnos, que una antigua tradicion habia instruido á aquellos pueblos, de la llegada de unos extranjeros que combatirían la existencia del imperio.

Ahora bien; si esa tradicion existía, no se concibe cómo un soberano que antes de serlo era tenido entre todos los mexicanos por prudente, sabio y animoso, siguiera una política que preparaba el terreno de la victoria, á los que vendrían á destruir el imperio.

Si Moteczuhzoma hubiera sido un hombre de Estado, en vez de mantener el descontento entre los pueblos á quienes subyugaba, habria procurado atraérselos por medio de un sistema de conciliacion, que les hubiese hecho amar su anexacion al imperio; habria, como Huitzilihuitl, creado intereses de nacion á nacion, que hubiesen formado con la suya un lazo indestructible, hasta llegar á formar un solo pueblo, que se hubiese encontrado fuerte á la llegada del extranjero.

Pero lejos de sentar en esos principios las bases de su futura grandeza, ya le hemos visto oprimir á los conquistados, abrumar á éstos, y á su propio pueblo, con exacciones onerosas; descontentar á los plebeyos engrandeciéndolos á los nobles, y á éstos humillándolos para que le sirvieran; queriendo elevarse aún mas alto de lo que su pueblo le habia elevado; ser mas que un ídolo, un dios; y exigiendo homenajes, que ya eran adoraciones. Perezoso, acaso mas por lujo que

por carácter, y perdido su valor militar en medio de la molición, desde que subió al trono, no volvió á ponerse al frente de sus guerreros mas que una sola vez: cuando hizo la campaña para tener prisioneros que sacrificar en el día de su coronación. Pero despues, en todas las demas guerras provocadas por las insurrecciones de los pueblos sometidos, sus generales eran los que soportaban las fatigas, mientras él se quedaba en sus palacios, gozando de las delicias que supo crearse, y que le redujeron á ser el juguete de los conquistadores.

Hé ahí por qué, la época de la invasion española, que era una época para un gran rey, no encontró en Motecuhzoma, sino un pigmeo, verdadero rey de burlas, que no sabemos si inspira mas indignacion que lástima.

## XXVI.

Cristóbal Colon descubrió la América en 1492; y los españoles que en algunos años sometieron las principales Antillas, y que establecieron en ellas sus colonias, hacian frecuentes expediciones para descubrir nuevos países, y aumentar sus riquezas por medio del comercio.

En 1517 salió de la Habana Francisco Hernandez de Córdoba, y descubrió la península de Yucatan.

Este descubrimiento, y el oro que llevaron robado de un templo yucateco, exaltó la ambicion de Diego de Velazquez, gobernador de la Habana; y el año siguiente, armó una expedicion que puso á las órdenes de Juan de Grijalva.

Este reconoció la isla de Cozumel, situada en la costa oriental de Yucatan, y siguió costeando hasta el Pánuco, comerciando con los habitantes del litoral, á quienes daba bujerías de vidrio, en cambio del oro de que tenia sed.

Llegó esa expedicion á la pequeña isla que hoy se llama S. Juan de Ulúa, isla situada muy cerca de la costa de Chalchiuhecuan, (Veraacruz): asombráronse los gobernadores mexicanos al ver aquellos hombres de trages y de figuras tan diversos de los suyos, y que venian embarcados en buques

que les parecieron colosales: reuniéronse; y despues de una séria deliberacion, resolvieron marchar á la corte á poner en conocimiento del emperador aquel extraño suceso, llevándole en pintura los barcos, las armas, los rostros y las ropas que usaba aquella gente.

Esas noticias perturbaron el ánimo del emperador. Comprendiendo la gravedad del negocio, no quiso resolver por sí solo, y reunió su consejo, compuesto de doce miembros, y llamó, para que asistieran á la sesion y le iluminaran con sus luces, á su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtapalapan, y á su sobrino Cacamatzin, rey de Acolhuacan.

El consejo, y esto hace sonreír á la historia, decidió que el que se habia presentado en aquellas playas, era, segun la *tradicion*, el dios del aire, pues solo él podia presentarse con el tremendo aparato de relámpagos, rayos y truenos: es decir, con la artillería, á la que los mexicanos creyeron tempestades.

Moteczuhzoma tuvo esa creencia, lo cual, y á pesar de la tradicion, no le impidió mas tarde, como veremos, mandar á alguno de los señores sus vasallos, para que redujeran á la obediencia á los que se habian puesto del lado del dios de las tormentas.

Pero en aquellos momentos, el Xocoyotzin envió á cinco magnates á Chalchiuhcuecan, con la mision de felicitar por su llegada al supuesto Quetzalcoatl, y de llevarle en homenaje un riquísimo presente; y al mismo tiempo, ¡oh poder de la tradicion! ordenó á los gobernadores de Nauhltan, de Cuauhtla, de Mictlan y de Tochtlan, que pusiesen vigías en los montes, para observar los movimientos de los buques, y avisasen en el acto todo cuanto sucediese.

Cuando los embajadores mexicanos llegaron á la corte, ya era tarde: los españoles se habian marchado, llevándose un gran regalo que les hizo un señor de Onohualco.

## XXVII.

El 10 de Febrero de 1519, zarpó de la Habana la expedicion que mandaba el capitán que debia ser el conquistador de la nacion fundada por Tenoch.

Despues de tocar en Cozumel, y de costear la península yucateca, entraron en el rio de Tabasco, pusieron pié en tierra so pretexto de buscar víveres, y en medio de mil escaramuzas llegaron á una ciudad de la cual se apoderaron. No permanecieron tranquilos en ella, sino que hicieron frecuentes salidas, siempre teniendo que sostener lijeros combates, hasta que por fin, en las llanuras de Centla, dieron una batalla campal que decidió de la suerte de los hijos de Tabasco. Estos, aunque su ejército era mucho mas numeroso que el de los españoles, fueron vencidos gracias á las armas de fuego y á la disciplina de los últimos; y despues de varios episodios entre conquistados y conquistadores, Cortés tomó posesion del país en nombre de su soberano, embrazando el escudo, y dando con su espada tres golpes en el tronco de un árbol, jurando que si álguien se oponia á aquella posesion, él la mantendria con su acero.

Y allí fué, en aquella provincia, la primera de sus conquistas, en donde conoció á la célebre doña Marina, que tuvo tanta influencia en el éxito de la campaña, y que fué madre del célebre cuanto desgraciado D. Martín Cortés el bastardo.

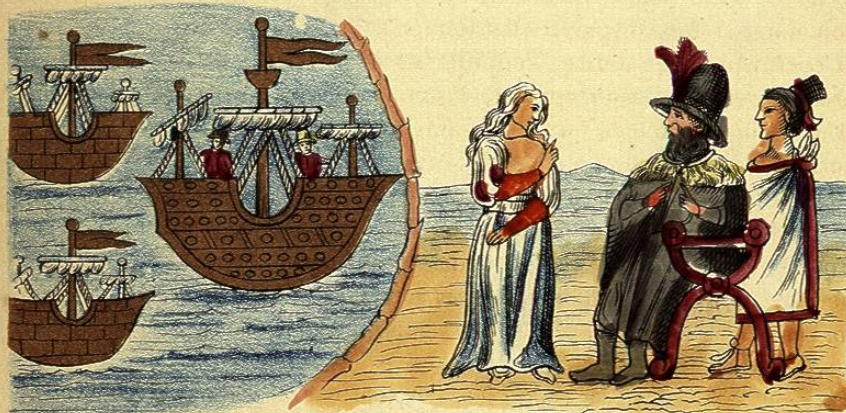
Asegurada la posesion de Tabasco, Cortés continuó su expedicion; costeó el señorío de Coatzacoalco, cruzó la boca del Papaloapan y llegó á S. Juan de Ulúa el juéves santo, 21 de Abril de 1519.

Muchos mexicanos enviados por el gobernador de Chalchihucuecan, se dirigieron en canoas hácia la escuadra española, para saber quiénes eran los que en ella venian, y ofrecerles los medios de seguir su viaje. Recibióles Cortés afablemente, y les respondió por medio de sus intérpretes Doña Marina y el padre Aguilar, que solo venia á comerciar, y á tratar con el tecuhtli de negocios importantes; y para tranquilizarlos é inspirarles confianza, les dió algunas bujerías, y les hizo probar vino de España.

Los gobernadores mexicanos permitieron que Cortés y sus soldados desembarcaran, y saltaron en tierra el primer día de Pascua. Construyeron algunas barracas para habitar bajo de techo, precisamente en el lugar en que hoy se halla la ciudad de Veracruz, y así pudieron librarse algo del excesivo calor de aquella costa.

En esos días llegaron al campamento español Teuhtlile y Cuitlalpitoc gobernadores de dos pueblos de aquel litoral, que llevaban consigo un gran número de criados y abundancia de provisiones. Recibidos por Cortés, y despues de las primeras ceremonias, el capitán español hizo que se celebrara en presencia de aquellos idólatras, el santo sacrificio de la misa, y despues les invitó á comer. Mientras duraba la comida, hizo recaer la conversacion sobre el objeto de su venida; y les dijo que era vasallo de Carlos V, el mas grande monarca de Oriente, quien sabiendo la existencia de aquellos países, le enviaba con una visita y una mision importante para el tecuhtli, y que deseaba saber en donde lo recibiria.

Teuhtlile le respondió:



LIT. DE H. IRIARTE.

LLEGADA DE LOS CONQUISTADORES.

(Tomado de la colección del Padre Duran)

—¡Acabais de llegar apenas, y ya quereis ver á nuestro soberano! Me ha llenado de satisfaccion lo que decís de la grandeza de vuestro rey; pero sabed que el nuestro vale tanto como él; y me maravilla de que pueda haber en el mundo otro tan poderoso como él; pero, pues lo afirmáis, yo lo haré saber á Motecuhzoma, de cuya bondad confio que recibirá vuestra embajada. Mientras tanto aceptad en su nombre este regalo.

Y presentó á Cortés un *pellacalli*, petaca hecha de cañas, de la que sacó algunas alhajas de oro que dió á Cortés, y á las que añadió algunos mosaicos de pluma, diez cargas de trajes de finísimo algodón y una gran cantidad de víveres.

Cortés aceptó el regalo y lo correspondió con otro de cuentas y otros objetos de vidrio.

Los gobernadores habian llevado pintores que copiaran los objetos de que se componia la expedicion, para presentarlos á Motecuhzoma al participarle lo que acaecia.

Cortés comprendió la idea; y para mas impresionar el ánimo de los naturales, ordenó á su ejército que hiciese varias evoluciones, é hizo disparar á un tiempo toda su artillería.

Concluidas las pinturas, Teuhtile se despidió de Cortés para ir á ver á Motecuhzoma y darle aviso de lo que ocurría; y Cuítalpítoe se quedó en el campamento español para proveerlo de lo necesario.

Teuhtile llevó tambien consigo una celada de oro española, que se parecia á una que tenia un ídolo mexicano, y quiso que la viera el emperado; celada que Cortés le permitió que llevara, con la *condicion de devolvérsela llena de polvo de oro.*

LLEGADA DE LOS CONQUISTADORES

(Tomado de la colección del Padre Duran) 299

## XXVIII.

Las noticias del aspecto de los extranjeros, del estruendo de sus armas, y de la agilidad de sus caballos, llenaron de inquietud al emperador.

Dominado por la superstición, hizo consultar á sus dioses, y los sacerdotes le respondieron que jamás consintiera en que aquellos huéspedes pisaran su capital.

Moteczuhzoma resolvió someterse á este oráculo, que indudablemente era hijo de la superchería de los sacerdotes, y no de una revelación. El monarca decidió, pues, despedir á los españoles; mas para hacerlo de un modo agradable, envió á Cortés una embajada y un regalo digno del lujo y de la magnificencia del señor de los mexicanos.

El embajador, que, según la historia, era un magnate de la corte tenochca, y que se parecía mucho al conquistador, se presentó á éste, tocó el suelo con la mano llevándola después á la boca, incensó al capitán y á sus oficiales; y después de haber tomado asiento, felicitó al jefe, en nombre de Moteczuhzoma, por su llegada, así como por ser súbdito del gran rey español; y le presentó el obsequio que le enviaba el emperador, en correspondencia del que aquel le había mandado.

El regalo se componía de muchas alhajas de oro y plata de maravillosa manufactura, entre las que había imágenes de distintas fieras y otros animales, algunos adornados con preciosas piedras; treinta cargas de telas de finísimo algodón, algunas entretejidas con plumas; muchos mosaicos de las últimas, y la celada llena de polvo de oro. Además, presentole dos grandes láminas circulares, una de plata y otra de oro, representando la primera la luna y la segunda el sol: ésta tenía en su derredor otras figuras en bajo relieve, y la de luna las figuras del año mexicano.

Asombro causó á los españoles el valioso presente, y su admiración creció cuando dijo el embajador:

—Este regalo envía mi tecuhtli para vos y para vuestros compañeros. Para vuestro rey, os enviaré otro de inestimable valor. Podeis deteneros en estas playas todo el tiempo que gustéis para descansar del viaje, y para proveeros de lo necesario para vuestro regreso. Si de esta tierra quereis algo para vuestro soberano, os será dado; pero no penseis en ir á la corte. Tengo encargo de disuadiros de hacer ese peligroso viaje, que tendríais que hacer por ásperos senderos y países enemigos.

Cortés manifestó su agradecimiento por el obsequio; pero insistió en internarse en el imperio.

El embajador se retiró ofreciendo decir á Moteczuhzoma el encargo de Cortés.

Fuése con él Teuhtlile, y acompañado de una multitud de mexica se quedó Cuitlalpitoc, abrigado con su gente en un caserío que había formado algo distante del campamento español.

Pocos días después regresó Teuhtlile, y en nombre de Moteczuhzoma, dió gracias á Cortés por los regalos que le había enviado; le dijo que no le mandara nuevos mensajes ni tratara de ir á la capital, y le entregó el presente que hacía para el rey de España, que consistía en muchas alhajas de oro, en diez cargas de mosaicos de pluma y en cuatro riquísimas

joyas, que según afirman los historiadores, valía cada una cuatro cargas de oro.

El torpe tecuhtli creía que con sus regalos alejaba de sí á los españoles, cuando precisamente las expediciones que estos hacían de las Antillas, eran hijas del deseo de acumular riquezas, que hasta entonces habían obtenido en cambio de cuentas de vidrio y de otras bujerías.

Con todo, el temor que le había infundido la presencia de aquellos hombres, le hizo dar órdenes á Teuhtlile, de que si Cortés insistía en su viaje al interior, le retirara todos los recursos; y en efecto, al día siguiente de aquel en que se despidió el embajador, los españoles no vieron en toda aquella playa, ni un solo mexicano, ni víveres, ni nada de lo necesario para la vida.

En esa difícil situación en que bien pudo el indolente Motecuhzoma acabar con el reducido número de españoles que invadían sus Estados, comenzó á dar sus frutos la mala organización del imperio. Los pueblos avasallados y tan rígidamente gobernados, pueblos que sufrían impacientes el despotismo mexica, comprendieron que había llegado la hora de sacudir aquel yugo, y comenzaron á buscar la amistad y la alianza del conquistador.

Es cierto que ignoraban que solo iban á cambiar de señor; y que en el cambio iban á perecer su raza, sus tradiciones, sus artes, todo lo que constituye una nacionalidad.

No extrañemos esto: la historia en todas sus épocas nos presenta hechos semejantes; y sin remontarnos á los tiempos antiguos, encontraremos en los modernos el imperio de Napoleón I. Fué conquistador é invencible, mientras pudo explotar los elementos de los pueblos débiles á quienes hizo sus feudatarios ó sus vasallos; pero en el momento en que esos pueblos se apoyaron en el poder de la Rusia, se alzaron contra el monarca que les había dominado; y la Francia volvió á sus antiguos límites, y Napoleón I fué á morir á Santa Elena; y los pueblos que se libertaron de la tiranía de Napoleón, cayeron bajo el despotismo de otros soberanos.

Consiste en que los pueblos educados en la adoración de un hombre, no saben vivir sin inclinarse delante de una personalidad.

Los cempoaltecas fueron los primeros en buscar el apoyo español, para sacudir la coyunda que les impusieron los mexica; y al ejemplo de los cempoaltecas, hicieron los demás pueblos totonacas.

Cortés entró en Cempoala, y ya seguro con aquella alianza, fundó la primera ciudad, que llevó el nombre de Veracruz y que estuvo situada en una llanura al pié del monte de Quiahuitztlá, en donde había un señorío cuyo jefe se unió á los españoles.